

INTRAHISTORIA DE LA BARBARIE

Dar cuenta de las miles de conmociones individuales que forman la gran conmoción social: con tal propósito escribió **Marisol Pérez Urbano** un libro titulado *Dinos dónde estás y vamos a buscarte* y que, como explica su sinopsis, «no trata sobre Historia con mayúsculas», sino sobre «la gente corriente que hay detrás de los hechos históricos, eso que **Unamuno** denominó *intrahistoria*». ¿La intrahistoria de qué? De los atentados yihadistas que convulsionaron Madrid y España entera un aciago 11 de marzo de 2004 y que afectaron directamente a la autora, madre de un estudiante llamado Rodrigo que fue una de las 191 víctimas con que se aquel sanguinario ataque se saldó finalmente. Rodrigo recibió aquel día un mensaje de su padre, Juan Carlos, en el que se le decía justo eso: «Dinos dónde estás y vamos a buscarte». Nunca lo respondió.

El libro relata las procelosidades del duelo y de sus fases, que nunca son tan lineales como nos cuentan los manuales de psicología. Contaba ayer Pérez Urbana



no que «todo vuelve en ciclos y ciclos y ciclos, y cuando ya has llegado a la fase de aceptación vuelves de pronto a pasar por la de rabia y luego por la de negociación, pero luego te enfadas otra vez un poco, etcétera. Aún hoy, quince años después, seguimos sufriendolo en oleadas». Se refieren también las secuelas permanentes de una experiencia así, y ayer la autora también nos explicó que el terror se ha instalado de manera perma-

nente en su casa: «Tenemos mucha facilidad para asustarnos en cuanto alguien se retrasa o no hay noticia de él; se nos activan mucho las alarmas y es muy difícil controlarlo por más que nos digamos que es normal, que no pasa nada. Hay algo en tu subconsciente que te dice que en cualquier momento cualquier cosa puede pasar, e incluso lo peor».

Sabido es: sobre el 11-M, ciertos sectores del país desarrollaron rápida-

mente una insidiosa teoría de la conspiración ramificada en toda clase de infundios. En el libro se alude igualmente a ellas y a cómo afectaron a las víctimas del atentado. «Cuando fuimos a reconocer el cuerpo de Rodrigo a las cuatro de la mañana del 12 de marzo, preguntamos quién había sido y nos dijeron que ETA. Nosotros no teníamos por qué no creerlo: estábamos ocupados en encontrar a nuestros muertos, habíamos recorrido un montón de hospitales buscándolos y no nos paramos a pensar si aquello podía no ser cierto. Pero en seguida empezaron a llegar las primeras noticias que no había sido ETA, periodistas especialistas en ETA se dieron cuenta desde el principio de que aquello no tenía las características propias de un atentado de ETA y los Tedax ya sabían que no era el material de ETA y así lo hicieron constar en sus informes. Pero estábamos en un jueves previo a unas elecciones y aquello era malísima propaganda para los que habían entrado en una guerra en contra de la población», reme-

moró la autora, que declaró haber escrito el libro también con el propósito de «contar a la gente de buena voluntad todo lo que nos hizo sufrir esta teoría de la conspiración». Del libro contó que «no todas las editoriales estaban dispuestas a publicar esto: algunas decían que esto era problemático y que mejor no».

Pero *Dinos dónde estás y vamos a buscarte* también refiere cómo en medio toda esta vorágine de horrores, los dolientes familiares del malogrado Rodrigo también descubrieron que «hay gente maravillosa». Contó Marisol Pérez Urbano en la Carpa del Encuentro que después del atentado, permaneció un par de meses de baja de su trabajo como profesora de literatura, y durante ese tiempo, sus alumnos se la apañaron para hacerle llegar cosas encantadoras sin molestarla. «Cada día me encontraba en el buzón cartitas, flores, notitas que ponían “ponte bien, lo sentimos”, y eso me complació muchísimo».

La emotiva presentación se cerró con un ruidoso aplauso.

NARRAR LO INENARRABLE

Este festival es jaranero y coñón, pero también sabe ponerse serio cuando toca, y ayer tocó. La Carpa del Encuentro se cerró con una mesa redonda que, con el título «Poder y desaparición: los campos de la muerte en las narraciones contemporáneas», reunió en el estrado a **Iñaki Echeverría**, **Fritz Glockner**, **Fernando López**, **Norman Fernández** y **Ángel de la Calle**, conductor y a la vez participante del encuentro por su novela gráfica *Pinturas de guerra*, que versa justamente sobre los campos de la muerte latinoamericanos.

Tal y como ayer expresó Fritz Glockner, «la desaparición forzada es el ejercicio más *hijo de la gran chingada* del poder»: significa eliminar incluso la posibilidad del luto, del llanto, del agarre emocional a un espacio concreto que funja como huella del paso por el mundo del ser querido muerto. Glockner ejemplificó ayer este desgarramiento emocional aludiendo a una mujer que, madre de un hijo asesinado, llora cada vez que llueve, porque no sabe si su hijo se estará mojando. «Eso —opina Glockner— es material para la literatura, porque es ponderar la condición humana como tal». El escritor mexicano también transmitió a la audiencia una información no muy conocida: pese a no haber padecido una dictadura propiamente dicha desde el derrocamiento de **Porfirio Díaz** en 1910, México fue el primer país en el que se organizó un vuelo de la muerte (fue en las costas de Guerrero en 1972) y el número de desaparecidos políticos por razones políticas entre 1969 y 1978 se estima en más de quinientos.

La represión más conocida por el mundo, porque también ha sido la más y mejor investigada, es con todo la argentina, procedencia de Fernando López e Iñaki Echeverría, aunque siguen existiendo zonas de sombra en lo que se sabe de la represión brutal de la dictadura militar de allá, y particularmente la que corresponde a la complicidad y el papel de la jerarquía eclesial en lo sucedido. «Es una cuestión de la que se habla, pero en voz baja», denunció López, que también ilustró al público sobre una de las realidades más dramáticas de la represión: el sentimiento de culpa de los supervivientes, a quienes además sus propios compañeros solían señalar como traidores. Recogiedo este testigo, Ángel de la Calle

explicó que la represión *necesitaba* dejar supervivientes como parte de su estrategia del miedo: «Alguno hay que dejar vivo para que cuente lo que está pasando cuando salga y expanda el terror a toda la sociedad; para que convierta a la sociedad entera en un campo de la muerte», explicó el director de contenidos de la Semana Negra.

¿Puede dar la literatura cuenta cabal de este horror? Pueden, pero a veces les es difícil. Norman Fernández, experto en cómic, expuso cómo muchos narradores, enfrentados al reto de contar lo incontable, de dibujar lo indibujable, recurren a distintas elipsis. «Es fácil representar al verdugo, pero no a la víctima», explicó, y puso un ejemplo tomado de la propia *Pinturas de guerra*, de Ángel de la Calle, quien en un momento dado, en lugar de representar las propias torturas, optó por presentar a dos torturadores hablando de lo que iban a hacer.

Se habló también durante esta mesa redonda del drama del robo de niños y de los padecimientos de las familias a las que se arrebataba a sus hijos y nietos, que sobreviven con mucho al final de la dictadura en forma de la tortura —expuso Echeverría, autor de la novela gráfica *ESMA*— de «buscar al hijo de tu hijo sabiendo que se ha criado en la familia de los que lo mataron; de que lo han criado los torturadores». Torturadores normales por lo demás; malvados banales como aquéllos a los cuales diseccionara **Hannah Arendt**: «Eran personas con toda la idiotez de las personas», expuso Echeverría; funcionarios anodinos que cumplían órdenes siniestras pero lo hacían sin ceremoniosidad, con toda la grisura del trabajo funcional, y que llegan a despertar una empatía espontánea cuando se los ve, ya octogenarios y desvalidos, entrar en las salas en las que se han de juzgar sus crímenes. «Es muy difícil no sentir empatía hacia un señor de ochenta años con un bastón: somos humanos. En cuanto se ponen a hablar, la empatía se va a la mierda, pero lo cierto es que en un primer momento, lo que vemos a es a un tipo como nosotros», reflexionó Echeverría, que defendió la importancia de ser conscientes de que «la memoria se construye con lo real, no con lo simbólico, y lo real es que estos tipos eran seres humanos, no monstruos. Si no los humanizamos, los volvemos intocables».

Orillas y puentes



Narrar en español fuera de España: tal fue el título de la penúltima mesa redonda de las que ayer acogió la Carpa del Encuentro, que, especialmente numerosa, reunió en el estrado a los mexicanos **Fritz Glockner** —que condujo el encuentro—, **Luis Gantús**, **Ricardo Viguera** y **Elpidia García**, al argentino **Fernando López**, al colombiano **José Campoh** y a la boliviana **Alexandra Ramírez**. Se habló en ella un poco de todo, y en primer lugar, de algunas asignaturas pendientes y por ejemplo de la reconstrucción de ciertos puentes rotos entre Latinoamérica y España. Tal como explicó Viguera, sucede que «los españoles conocen a un **Mario Vargas Llosa**, pero no la nueva literatura latinoamericana, y en México se conoce a una **Almudena Grandes** o un **Arturo Pérez-Reverte**, pero no la mejor literatura española emergente». Por la parte que nos toca a los españoles, Viguera —español de origen— nos propuso que comenzáramos por ejemplo por hacernos con antologías como *La renovada muerte*, recién publicada y que reúne a una veintena de autores y autoras muy sólidos de novela negra.

¿Es oro todo lo que reluce en la literatura latinoamericana contemporánea? Desde luego, lo es la mayoría. Lo es, por ejemplo, el esfuerzo de recuperación de la memoria, la historia y el folclore del continente emprendido a través del cómic al que aludieron Ramírez y Campoh, que participan activamente de él. «La historieta ha sido el medio más amigable, respetuoso y de largo alcance para dar a conocer el folclore boliviano», expuso la ilustradora, procedente de ese país. Pero también existe algún debe en lo que respecta a la creación literaria y artística propuesta desde el otro lado del Charco. A ello se refirió Luis Gantús, que lamenta cómo en los últimos tiempos, de

México pareciera que sólo hace literatura sobre el fenómeno del narcotráfico. La escena editorial mexicana, denunció, «está secuestrada por editores que no entienden que pueda haber nuevas opciones; los mismos temas se repiten una y otra vez y hay decenas de historias de valor, de coraje, de fuerza de un pueblo, como la lucha de las mujeres, que no se está contando. Nos estamos volviendo monotemáticos cuando una característica que ha tenido históricamente la literatura latinoamericana es lo variopinto de los temas que ha ido abordando; su gran cantidad de ofertas». Viguera, que le dio la razón, se refirió por su parte a una suerte de «dictadura mediática del narcotráfico» que hace que todo el foco narrativo esté puesto sobre ese fenómeno entendido como lucrativo en un momento de éxito mundial de series como *Narcos*. Y López pidió tener en cuenta a toda una pléyade de «pequeñas editoriales que sustentan y proyectan a nuevos escritores distintos de los que encumbran las editoriales multinacionales» y la importancia de diversos festivales literarios que contribuyen crecientemente a acabar con otro de los males históricos de la literatura latinoamericana: el escaso conocimiento que de lo que se hace en un país suele haber en los vecinos e incluso el desconocimiento de los creadores provincianos por los capitalinos. «En Argentina hay escritores magníficos en las veinticuatro provincias del país, pero la mayoría no se conoce en Buenos Aires», ejemplificó.

Elpidia García, por su parte, señaló otro problema a tener en cuenta: «Nuestra gente —dijo— sigue sin leer. Queremos escribir y escribimos, pero no somos capaces de acercar la literatura a los niños, a los jóvenes, a los trabajadores... Hay que repensar métodos y formas para que la gente se interese por la buena literatura». Que así sea.